

porro del mundo; y ahora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reino:" y mandó que allí, delante de todos, se rompiese y abriese la caña. Hízose así; y, en el corazon della, hallaron diez escudos en oro. Quedaron todos admirados, y tuvieron á su gobernador por un nuevo Salomon. Preguntáronle, de dónde habia colegido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos; y respondió, que, de haberle visto dar el viejo que juraba, á su contrario, aquel báculo en tanto que hacia el juramento, y jurar que se los habia dado real y verdaderamente, y que, en acabando de jurar, le tornó á pedir el báculo, le vino á la imaginacion que dentro dél estaba la paga de lo que pedian: de donde se podia colegir, que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios; y mas, que él habia oido contar otro caso como aquel al cura de su lugar, y que él tenia tan gran memoria, que, á no olvidársele todo aquello de que queria acordarse, no hubiera tal memoria en toda la insula. Finalmente, el un viejo corrido y el otro pagado, se fueron, y los presentes quedaron admirados; y el que escribia las palabras, hechos y movimientos de Sancho, no acababa de determinarse si le tendria y pondria por tonto ó por discreto.

Luego, acabado este pleito, entró en el juzgado una mujer, asida fuertemente de un hombre vestido de ganadero rico, la cual venia dando grandes voces, diciendo: "¡Justicia, señor gobernador, justicia! y si no la hallo en la tierra, la iré á buscar al cielo. Señor gobernador de mi ánima: este mal hombre me ha cogido en la mitad dese campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo como si fuera trapo mal lavado; y, ¡desdichada de mí! me ha llevado lo que yo tenia guardado mas de veinte y tres años há, defendiéndolo de moros y cristianos, de naturales y extranjeros, y yo siempre dura como un alcornoque, conservándome entera como la salamanquesa en el fuego, ó como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias á manosearme.—Aun eso está por averiguar, si tiene limpias ó no las manos este galan," dijo Sancho; y, volviéndose al hombre, le dijo, qué decia y respondia á la querrela de aquella mujer: el cual, todo turbado, respondió: "Señores: yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salia deste lugar, de vender (con perdon sea dicho) cuatro puercos, que me llevaron, de alcabalas y socaliñas, poco menos de lo que ellos valian: volviame á mi aldea; topé en el camino á esta buena dueña, y el diablo, que todo lo añasca y todo lo cuece, hizo que yogásemos juntos: paguéle lo suficiente, y ella, mal contenta, asió de mí, y no me ha dejado hasta traerme á este puesto: dice que la forcé, y miente para el juramento que hago ó pienso hacer; y esta es toda la verdad, sin faltar meaja." Entonces el gobernador le preguntó, si traia consigo algun dinero en plata: él dijo, que hasta veinte ducados tenia en el seno, en una bolsa de cuero. Mandó que la sacase, y se la entregase así como estaba á la querellante: él lo hizo, temblando; tomóla la mujer, y, haciendo mil zalemas á todos, y rogando á Dios por la vida y salud del señor gobernador, que así miraba por las huérfanas

menesterosas y doncellas, con esto se salió del juzgado, llevando la bolsa asida con entrambas manos, aunque primero miró si era de plata la moneda que llevaba dentro. Apenas salió, cuando Sancho dijo al ganadero, que ya se le saltaban las lágrimas, y los ojos y el corazon se iban tras su bolsa: "Buen hombre: id tras aquella mujer, y quitadle la bolsa, aunque no quiera, y volved aquí con ella:" y no lo dijo á tonto ni á sordo, porque luego partió como un rayo, y fué á lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos, esperando el fin de aquel pleito; y de allí á poco volvieron el hombre y la mujer, mas asidos y aferrados que la vez primera: ella, la saya levantada, y en el regazo puesta la bolsa; y el hombre, pugnando por quitársela; mas no era posible, segun la mujer la defendia, la cual daba voces, diciendo: "¡Justicia de Dios y del mundo! mire vuesa merced, señor gobernador, la poca vergüenza y el poco temor deste desalmado, que en mitad de poblado, y en mitad de la calle, me ha querido quitar la bolsa que vuesa merced mandó darme.—Y ¿háosla quitado? preguntó el gobernador.—¡Cómo quitar! respondió la mujer; antes me dejara yo quitar la vida, que me quiten la bolsa: ¡bonita es la niña! otros gatos me han de echar á las barbas, que no este desventurado y asqueroso: tenazas y martillos, mazos y escoplos no serán bastantes á sacármela de las uñas, ni aun garras de leones; antes el ánima, de en mitad en mitad de las carnes.—Ella tiene razon, dijo el hombre; y yo me doy por rendido y sin fuerzas, y confieso que las mias no son bastantes para quitársela:" y dejóla. Entonces, el gobernador dijo á la mujer: "Mostrad, honrada y valiente, esa bolsa:" ella se la dió luego, y el gobernador se la volvió al hombre, y dijo á la esforzada y no forzada: "Hermana mia: si el mismo aliento y valor que habeis mostrado para defender esta bolsa, le mostrádes, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza: andad con Dios, y mucho de enhoramala, y no pareis en toda esta insula, ni en seis leguas á la redonda, so pena de docientos azotes: andad luego, digo, churrillera, desvergonzada y embaidora." Espantóse la mujer, y fuése cabizbaja y mal contenta, y el gobernador dijo al hombre: "Buen hombre: andad con Dios á vuestro lugar, con vuestro dinero; y de aquí adelante, si no le quereis perder, procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie." El hombre le dió las gracias lo peor que supo, y fuése; y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo gobernador. Todo lo cual, notado de su coronista, fué luego escrito al duque, que con gran deseo lo estaba esperando: y quédese aquí el buen Sancho, que es mucha la priesa que nos da su amo, alborozado con la música de Altisidora.